

Pero como su necesidad le mande,
No llevar el Heredia pasos lentos,
Y Dios diese vigor para que ande,
Y quien escapó con él de detrimentos
Llegó segunda vez al Pueblo Grande,
Menos de sus soldados los trescientos:
Los indios se pusieron en huida,
También necesitados de comida.

Los nuestros rebuscaron las horras
De las raíces y otras chucherías,
Por aquellas labranzas y culturas
Que consumieron los pasados días;
Abrieron ansimismo sepulturas
De huesos llenas, de metal vacías,
Aumento grande de sus alicencias,
Y pena de perder las ocasiones.

Estando pues allí la compañía
Cercada de mortales descontentos,
Con Cáceres llegó la quél traía
No menos fatigados y hambrientos;
De suerte que por una y otra vía
Fué la necesidad en crecimientos,
Y así por no cumplirlles el sosiego,
Juntos para la mar partieron luego.

Pero para llegar á los confines
Y términos del rico santuario,
El general mandó matar rocines,
Por no poder hacerse lo contrario,
Entresacando de los mas rünes
El que les era menos necesario,
Y aqueste fué grandísimo remedio
Para no faltar muchos de por medio.

Y al repartir las partes del caballo
En él no se hallaba cosa fea,
Sin desecharse pié, tripa, ni callo,
Ni cuero, ni juntura de manea;
Cuecen en ollas el genital tallo
Como regaladísima lamprea,
Y las unas y otras reventando
Siempre remanece menos blando.

Con estas desventuras repugnantes
A piés que parecían ir con grillos,
Entraron en las tierras circunstantes
Del Cenú, rotos, flacos y amarillos;
Mas el gobernador dos leguas antes
Salió con gente para recebillos,
Y en viéndolo la que llegó perdida
No pudo juzgar bien de su venida.

Hablábase los hermanos como hermanos,
Abrazaron amigos sus amigos,
Representádoles trabajos vanos,
Largos caminos, yerbas sin abrigos;
Del tierno sentimiento los humanos
Ojos pudieran ser allí testigos,
Y mas desde supieron claramente
Muertes y perdición de tanta gente.

Y para mas doblar el desconsuelo
El gobernador, hecho sentimiento,
Dijo, que reparar en aquel suelo
Los que venían era perdimiento,
Por no poder hallar un solo pelo
En toda la provincia de sustento;
Que pasen a Tulú, tierra sabida,
Donde tendrían cierta la comida.

Algunos hombres dellos impacientes
Respondieron con alterados pechos:
« Señor, señor, esos inconvenientes
Bien entendemos dónde van derechos:
Quiere vuestra merced y sus parientes
A sus solas gozar de los provechos,
Y al hí de puta vil que lo trabaja
Quitalle los granzones y la paja.

» Porque todos sabemos la grandeza
Y cantidad del oro que se saca;
Quépanos parte pues de la riqueza,
O de las sepulturas la mas flaca;
Veis nuestra desnudez, nuestra pobreza,
Cubierta con pedazos de hamaca;
Y pues llevamos los peores ratos,
Hayamos para calzas y zapatos.»

Tales razones y por esta vía
Estrellaron en medio de sus cejas;
Mas él como sagaz también sabía
Hacer á tiempos sordas las orejas;
Al fin los hizo ir donde quería,
Usando siempre de sus mañas viejas,
Con palabras de buen comedimiento
No todas veces dando cumplimiento.

Lleváronlos como de los cabellos,
Sin les valer razon, queja ni ruego;
El Alonso de Heredia fué con ellos
Con intenciones de volverse luego:
Llegaron á Tulú cansados huellos,
Donde pararon con algun sosiego,
Porque por sus lugares y distancia
Hallaban de maíces abundancia.

Como tuviesen pues harta comida,
Algunos se hartaron de tal suerte,
Que pensando tener con ella vida
Tragaron las angustias de la muerte:
Dejando ya la gente proveida
El Alonso de Heredia se convierte
Al pueblo del Cenú lijeramente,
Y el Cáceres quedó con esta gente.

El gobernador antes con navio,
Por ahorrar por tierra de trabajo,
Subió desde la mar por aquel rio
Que es en grandeza no menor que el Tajo;
Y á las cuarenta leguas de desvío
Halló con remos principal atajo,
Porque cerca del rico santuario
Se podía llevar lo necesario.

Sin que la gente que llegó perdida
Este nuevo secreto conociese,
Ni pudo, pues aun bien no fué venida
Cuando le hizo luego que partiese:
Allí tenia barca prevenida
Para cuando la tal menester fuese,
Visto que con los remos y corriente
A la mar se llegaba brevemente.

Llegado de Tulú pues el hermano,
Es de creer que como consejero
No le querria dar consejo vano
Acerca de la guarda del dinero;
En lo que fué después no pongo mano
Ni me conviene sin comer primero,
Porque me tienen ya la mesa puesta,
Y hay mucho que decir en lo que resta.

CANTO CUARTO.

Donde se trata del odio que concibió la gente que quedaba en Tulú contra el gobernador Pedro de Heredia, por no querellos admitir á las sepulturas ricas que con sus negros y otras personas que allí quedaron sacaba, y las demás variedades que entonces acontecieron.

El que manda soldados de conquista,
Puesto caso que sea comedido,
Como de cortedad no se desista
Ni fuere como debe bien partido,
Del mayor y menor es cosa vista
Que tiene de quedar aborrecido,
Y mas si les usurpan los provechos
Justamente debidos á sus hechos.

Y así la gente que en Tulú quedaba
Perdida del entrada, viendo esto,
No sin palabras feas blasfemaba
De su gobernador y de su gesto;
Y como ya con fuerzas se hallaba
No quisieron estar en aquel puesto,
Antes ir á buscar á Cartagena
Una comodidad que fuese buena.

A Cáceres dijeron el intento,
Al cual no pareció ser desatento,
Antes conforme con su pensamiento
De buena voluntad en ello vino;
Y aprestadas las armas y alimento
Al punto se pusieron en camino,
Rancheando los pueblos y lugares
Que confinaban por aquellos mares.

Como los indios vieron poblaciones
De mayor duracion y mas provecho,
Vinieron á las ver con intenciones
De no perder su tierra ni derecho;
Sobre la villa dieron escuadrones,
Cosa que nunca tal habian hecho,
Y agora que venían al remedio
Tomaron aquel rio de por medio.

Vinieron perlongando las riberas
A compás de sus roncós atambores,
Escuadras ordenadas por hileras
Como suelen cursados guerradores;
Solamente faltaban las banderas
Por no llegar allí los inventores;
En lo demas el escuadron camina
Segun orden de buena disciplina.

Unos dellos con picas en las manos,
Otros, dorados arcos y carcajes,
Muy gallardos los mozos y los canos,
Sobre diademas de oro sus plumajes,
Y á su modo tan puestos y galanos,
Que no se vió de traza de salvajes
Otra de mas vistosa compostura
En gala, proporciones y hechura.

Llegados pues al arenal frontero
Del lugar do la villa se hacia,
Dispararon del escuadron primero
Copia de venenosa flecheria,
Y á don Martín Guzman, un caballero,
Mataron dos caballos que tenia,
Cuyo grave pesar fué de tal peso
Que quedó sin caballos y sin seso.

Hacen los españoles armas prestas
Para tirar á la contraria banda,
Contra las flechas duras y molestas,
Y el general á grandes voces manda
No tiren arcabuces ni ballestas,
Mas antes con palabras los ablanda,
Por ver si puede por alguna vía
Traellos á la paz que pretendia.

Pero los mal sufridos andaluces,
Viendo contrarios tiros importunos,
Disparan las ballestas y arcabuces,
Con que debieron de herir algunos;
Y así huyeron todos de las cruces
Sin que parasen por allí ningunos;
Tras dellos fué con españoles ciento
Garcí Avila del Rey en seguimiento.

Seguío por las señales de sus huellos,
Con otro capitán Antonio Perez,
Y no pararon hasta dar en ellos,
Donde prendieron hijos y mujeres;
Pero hicieron luego paz con ellos
Soltándolos con todos sus haberes,
Y desde entonces gente castellana
La tierra del Cenú tuvo muy llana.

Porque estos indios son ahidalgados,
Y guardan amistad si la prometen;
Gentiles hombres, bien proporcionados,
Prudentes en las cosas que prometen;
Tienen buhios bien aderezados,
Y aquellos aposentos do se meten
Las mujeres gallardas y dispuestas,
Pulidas y en el traje mas honestas.

Andan cubiertas desde la cintura
Hasta los piés con una mantellina
Que hace razonable compostura,
De tela de algodón, delgada, fina;
Unas son blancas, otras con pintura,
Segun su voluntad les encamina;
Es gente finalmente que se pica
De ser muy estimada, por ser rica.

En aquesta sazón y coyuntura
Gobernaba Francisco Barrio-Nuevo
En Panamá, de quien en mi escriptura
Atras hice memoria como debo;
El cual gobernador hizo cultura
En Acla reformando pueblo nuevo,
A Julián Gutierrez dando gente
Por ser su capitán y su teniente.

Pedro de Heredia, con la bolsa llena
De ricas piezas y de vasos finos,
Tenia siempre sospechosa pena
Que los que se partieron del mohinos
Irian contra él á Cartagena
Para se rebelar con sus vecinos;
Y así determinó de salir fuera
A fin de les tomar la delantera.

Por sí ó por no, como varon discreto
Y animosísimo sobremanera,
Teniendo por verdad su mal conceto,
Pasó con brevedad esta carrera,
Por tener ya para cualquier efeto
A punto bergantín en la ribera
Del rio do tenían sus asientos
Y sacaban aquellos monumentos.

En él entró con poca compañía,
Mas no sin maña y animo supremo;
Llevó también el oro que tenia
De piezas cudiciosas por extremo;
E ya llegado do la mar batía
Hizo navegacion á vela y remo,
Y al puerto vino mas de veinte días
Primero que las otras compañías.

Llegado Cáceres con sus soldados
Cerca de Calamar y su frontera,
Todos ellos quedaron admirados
De vello pasear por la ribera
Con muchos caballeros á los lados,
Gente recién venida forastera;
Uno dellos se rió y otro pasma,
Diciendo no ser él sino fantasma.

Pero llegados mas á los lugares,
Cada cual sus enojos desencierra,
Y allí tuvieron dares y tomares,
Mas para blanda paz que dura guerra,
Y él mitigó sus furias y pesares,
Y á todas sus querellas echó tierra,
El oro suyo todavía horro
Sin ofrecelles punta de socorro.

Mitigada doméstica tormenta
De lo que presumió sin estar cierto,
A los contractadores se dió cuenta
Haberse por el rio descubierta
Por donde celebrasen compra y venta,
Y barcos y navios tengan puerto
Cercano de las ricas sepulturas
Por aguas mansas, llanas y seguras.

Aun no fué la razon bien entendida
Cuando, sin esperar prolijos ratos,
Partieron barcos llenos de comida
Para gozar de prósperos contratos;
Llegaron á la parte referida
Donde los precios no fueron baratos,
Pues se vendian los canarios quesos
A treinta y cinco y á cuarenta pesos.

Y con ser el viaje sin trabajos
Y la brevedad grande del camino,
Vendian un arroba de tasajos
A veinte y cinco pesos de oro fino,
Y poco menos una ristra de ajos,
Mas de cien pesos un barril de vino;
Y cuanto se llevaba de acarreto
Compraban estas gentes al respeto.

Hasta que con ganancia tan suprema
Acudian ya tantos al chillido,
Que de los precios abajó la flema
Poniéndolos en término medido;
Pero no fué la baja tan estrema
Que dejase de ser precio subido,
Pues arrojaban oro tan sin tiento
Que ganaban á mas de mil por ciento.

Viendo la mucha gente que se llega
A mejorar allí su pobre capa,
Fundóse pueblo donde se congrega,
Y el Alonso de Heredia hizo mapa
Para trazar solares en la vega
Del rio que se llama Catarapa,
Hoy villa de Tulú segun parece,
La cual en este tiempo permanece.

Aqueste capitán era casado
Con Isabel Corral, india ladina,
Hermana de Urabá, señor nombrado
En todo lo que por allí confina,
Con fama de caudal aventajado
Mas que ningún señor de la marina,
Y por respecto della su marido
Era del Urabá favorecido.

Tractábase de tiempo mas antiguo,
Pues siendo capitán y rescatando
Con españoles que llevó consigo
Por esta costa de quien voy tractando,
Del Urabá se hizo gran amigo,
Como persona que tenía mando
En tiempo de Pedrarias, de quien era
Caudillo y capitán en la frontera.

Este cacique con voluntad sana,
Por ser de sus parientas la mas bella,
Dióle para mujer aquella hermana,
Con el honor y gracia de doncella;
A la cual Julián hizo cristiana
Y después desto se casó con ella,
Y en el bautismo de la ley divina
El nombre se le dió de la madrina.

El Alonso de Heredia, como vido
Por Barrio-Nuevo poblacion fundada
En el aneon y puerto conocido
A quien llamamos hoy el Ensenada,
Parecióle caer en el partido
De la gobernacion al Pedro dada,
Y quel de Panamá fuera salia
Del término quel rey le concedia.

Con el desasosiego desta pena,
No pareciéndole consejo vano,
Determinó de ir á Cartagena
Para le dar avisos al hermano;
Y después de tener consulta llena
A todos pareció ser lo mas sano
Poblar en Urabá que es allí junto,
Pues tienen para ir navas á punto.

Prepáranse pertrechos y atavios,
Caballos, armas, estofado sayo,
Soldados viejos y de buenos bríos
Que no muestran flaqueza ni desmayo;
Doscientos hombres van en tres navíos
Año de treinta y cinco, mes de mayo,
En el uno valientes caballeros,
Y César de quien eran compañeros.

Estos como se viesen apartados
De Cartagena, vela levantada,
Por aquellos enojos atrasados
Determinaron dalles cantonada;
Metióse César pues con sus soldados
En Acla y en el mar del Ensenada,
Y Julián Gonzalez el teniente
Fortalecióse mas con esta gente.

El Alonso de Heredia ya testigo
De los culpados en hacer ausencia,
Llegó con los demás adonde digo
Que querian hacer su permanencia,
Y por el Urabá mal enemigo
Se le hizo terrible resistencia
Con encubiertas, saltos, embosecadas
Y flechas de veneno preparadas.

Y así murieron de la primer mano
Un capitán llamado Juan Ferrero,
Alvaro de Jaen y otro su hermano,
Un Alonso Rodriguez y un Montero,
Y Diego de Artes, un italiano,
Que no las tuvo contra mal tan fiero,
Y muerte sumamente trabajosa
A causa de la yerba ponzoñosa.

Aunque el pobre zagal iba burlando
De los salvajes y de su palillo,
Mas el engaño suyo sintió cuando
Con el dolor mudado y amarillo
Traspellados los dientes y rabiando
Hacia de la boca colodrillo,
Como suelen hacer con violencia
Los que padecen esta pestilencia.

El general Heredia, nada falto
De aquel esfuerzo que se requeria,
Buscó ciertas llanadas en un alto
De donde mar y tierra parecia,
Y sin contradiccion de mas asalto
El pueblo se fundó que pretendia,
Al cual por ser patron de la conquista
Nombró San Sebastián de Buena-Vista.

Señalan plaza, calles, pertenencias,
Al norte, sur, oriente y al ocaso,
Y danles sus medidas y decencias,
Segun daba lugar el campo raso,
Y hácese las otras diligencias
Que se suelen hacer en este caso,
Señalando lugar para castillo,
Y pusieron también horca y cuchillo.

Visto por Julián aquel asiento
Y ranchos de los nuevos pobladores,
Con don Martín Guzmán y regimiento
Vinieron con trompetas y atambores
A les hacer un gran requerimiento
A los otros modernos regidores,
Los cuales respondieron que lo oían
Y que á su tiempo les responderían.

Volvióse luego con sus bergantines
El Julián al pueblo donde estaba,
Con voces de trompetas y clarines
Y gente de quien él se confiaba,
Y después en sus puertos y confines
El uno y otro bando se velaba;
Pero ya por cordura, ya por miedo,
Entonces cada cual estuvo quedo.

Mas el Julián Gutierrez que sabia
Quién el gobernador Heredia era,
El puerto donde está fortalecia
Con bastiones de tierra y de madera;
También hizo plantar artillería
En lo mas cómodo de la ribera,
Siempre con centinelas en un viso,
Para si viesen velas dar aviso.

Mas el un bando y el otro se refrena
Velándose muy bien con sus parciales;
Y en estos dias ocasion ordena
Venir nueve mancebos principales,
Para desembarcar en Cartagena,
De Madrid todos ellos naturales:
Diego Lujan y don Juan de Guevara,
Don Nuño, y los demás de estirpe clara.

Desembarcados do se representa,
Al gobernador vieron al momento;
Mostró que de su vista se contenta
Por ser antiguo su conocimiento;
Pero no hizo dellos tanta cuenta
Que pasase de vano cumplimiento,
Pues siendo de su patria y tal linaje
No mandó les buscasen hospedaje.

Despidense confusos, y primero
Reconoció la noble camarada
Alonso de Saavedra tesorero,
El cual los convidó con su posada,
Enemigo mortal y delantero
En mala voluntad muy arraigada
Contra Pedro de Heredia, por sus fines
Y pretensiones buenas ó ruines.

Y es de creer que por el hospedaje
Y voluntad con que los regalaba,
Que á vueltas de los gustos del potaje,
Si de Pedro de Heredia se tractaba,
Habian de hablar aquel lenguaje
En que su mismo huésped les hablaba,
Y serian los mas de la comedia
Entremeses tocantes al Heredia.

Después desto, semanas ya pasadas,
Oyó el gobernador por cosa cierta,
Quitar estos hidalgos las espadas
A mozos que pasaban por su puerta,
So color de pedillas emprestadas;
Y presumiendo mal desta cubierta
Fué luego con un solo compañero
A la casa del dicho tesorero.

A fin de descubrir esto que digo
Y qué adivinaba con el dedo;
Y este hidalgo que llevó consigo
Deciase fulano de Saucedo,
Deste gobernador fiel amigo,
En cuyo pecho nunca cupo miedo;
Ambos á dos con sendas alabardas,
Y sin mas prevenciones ni mas guardas.

Aunque vestidas armas de algodones,
Sayos y zaragüelles estofados,
Y en las cabezas puestos morriones,
Las espadas ceñidas á los lados,
Y con determinadas intenciones
Entraron á buscarlos alterados,
Cuando la noche ya cerrada era;
Pero los de Madrid estaban fuera.

Al dicho tesorero solamente
Hallaron y sin otra compañía;
El cual como al Heredia vió presente
Y de la mala suerte que venia,
No sin alteraciones y accidente
Preguntó luego qué es lo que queria;
El Heredia con voz no menos presta
Estas palabras dió por su respuesta:

«¿Qué disfraces son estos? qué rebozos?
¿Qué cantelas? qué tractos? qué traiciones?
¿Por qué quitais espadas á los mozos
Y las meteis detrás de los rincones?
¿Estamos en el monte de Torozos?
¿Es esta casa cueva de ladrones?
Vivid bien, tesorero Saavedra,
Y si no, sobre vós caerá la piedra.»

Responde: «No hay aquí gente tirana;
El mal sale de vos y en vos se encierra.»
Y como vió respuesta tan lozana,
Heredia de paciencia se destierra,
Dándole con la dicha partesana
Un coscorrón que dió con él en tierra,
Y aquesto hecho con gentil denuedo
A su casa se fué con el Saucedo.

Y aunque como sagaz reconocia
Volver los otros por el agraviado,
Con esperiencia de su valentía
El vivia de sí tan confiado,
Que no quiso llamar mas compañía
Del Saucedo, por ser fino soldado;
Y así las novedades esperando
Por la puerta se andaban paseando.

Vinieron luego los del alianza,
Y viendo de su huésped el afrenta
A su cargo tomaron la venganza
Todos con intencion sanguinolenta:
Toman cada cual dellos una lanza
Y en busca van de quien se les presenta,
Porque viendo venir el torbellino
Los dos les hacen ahorrar camino.

Habláronse palabras algo bastas,
Segun que las dictaban accidentes;
Y como todos son de buenas castas,
Con presuncion de diestros y valientes,
Diéronse como dicen de las astas
Aferrándose bien frentes con frentes,
Pues cuantos eran, sin curar de espadas,
Jugaban con las armas enastadas.

Mas cuando las median sus furores,
Cada cual procurando su venganza,
Lanzas eran allí superiores
Por ser mayor el asta de la lanza;
No por eso los dos eran menores
En el esfuerzo y en la confianza,
Pues en la mas que vil y civil guerra
No pierden, sino van ganando tierra.

Porque el gobernador en el combate,
Con prontitud, valor y gran destreza,
Las unas y las otras les rebate,
Sin que mostrase brizna de flaqueza;
Pues del dicho Saucedo no se trate
En que tuviese punto de pereza,
Sino que con furor luciferino
Adelantaba siempre su camino.

Mas el gobernador con tal gobierno
Iba desembargando su pasaje,
Que no se vido furia del infierno
Que mostrase mas aspero coraje;
El duro bote se le hace tierno;
Cosa no halla que no desparpaje;
Y así se mete por las lanzas todas,
Como si fueran opulentas bodas.

Viendo que no les calan el ropaje,
El Lujan dijo con acerbas sañas:
«¡Oh! reniego de mi y de mi linaje!
¿Cómo tanto nos duran dos arañas?
Hago pleito solemne y homenaje
De me pelar las barbas y pestañas
Si no salimos bien con el motivo,
Y este críel tirano queda vivo.»

«¡A él, á él, hidalgos de Castilla,
Si de vuestros honores teneis celo!»
Acude luego toda la cuadrilla,
Y con botes á pelo y á pospelo
Le hicieron doblar una rodilla,
Y con ella tocar el duro suelo;
Y con estar así hizo su mano
Lo que pudo hacer valor humano.

En aqueste durable desatino,
Con haber voces de plebeya gente,
Nunca salió espadas á los mozos
Sino Pedro Romero su teniente;
Aqueste con la vara del rey vino
Y el buen Joan de Orozco juntamente;
Cenaban ambos, y el manjar remoto
Vinieron á la grita y alboroto.

Viendo al gobernador en los conflictos
Con valor y destreza de romano,
Dicen «¡aquí del rey!» á grandes gritos,
Las espadas desnudas en la mano:
Han por bueno los nueve mudar hitos
Viendo su mal propósito ser vano,
Y con temor de no padecer muertes
En su posada se hicieron fuertes.

Prender los malhechores bien quisiera;
Pero aunque los llamó Pedro Romero,
Ningun vecino quiso salir fuera,
Antes se hizo cada cual rontero;
De quel gobernador se desespera
Con furia de león ó tigre fiero,
Pelándose las barbas con despecho
De no poder salir con aquel hecho.

Fué milagro de Dios quedar con vidas
Los dos de tantas lanzas rodeados;
Ellos al fin quedaron sin heridas
Y dos de los contrarios lastimados,
Aunque traían cotas revestidas
Y todos nueve bien aderezados:
El gobernador pues quedó corrido
Y contra los vecinos desabrido.

Llamándolos traidores, desleales,
Y que juraba á Dios, en quien creia,
De los haber y publicar por tales,
Que pues ninguno dellos acudia,
En el crimen debian ser parciales,
Y en tan grande traicion y alevosia;
Y con este furor bravo y acedo
A su casa volvió con el Saucedo.

Quisiéranle hablar antes que entrase
A fin de que templara los enojos,
Mas no sufrió que tal se le tractase
Dándole con las puertas en los ojos;
Saucedo le rogó que descansase,
Pero contrarios eran sus antojos,
Pues sin se desarmar, por su palacio
Se paseaba solo no despacio.

Y cuando ya Diana daba fines
A sus cursos en esta media esfera,
De sus negros llamó los mas insines
En el uso del arte marinera,
Y entró con ellos en los bergantines
Que solia tener en la ribera;
Y en uno dellos con su compañero
A Carex se partió, que está frontero.